

## LA ESPERANZA DE LA IGLESIA ESTÁ EN EL AMOR\*

*La civilización occidental actual tiene el sentimiento de llegar a su fin, sentimiento que destila un desasosiego cada vez más sensible. Como lo hizo el concilio de Nicea dos mil años atrás, la experiencia del Vaticano II podría contribuir a instaurar por el contrario una esperanza, invitándonos, resueltamente proyectados hacia el futuro, a comprometernos en el presente y a dar nuevo impulso a la historia. Para esto, el primer mandamiento que hay que respetar ha de ser el del amor.*

El mundo y la Iglesia siempre han tenido necesidad de esperanza. Esta constatación se verifica también hoy. No porque los hombres contemporáneos sean más malvados que sus ancestros, sino porque los instrumentos de que disponen para hacer el mal son más poderosos que los de antaño, mientras que el conocimiento de lo que puede provocar angustia está multiplicado por la excelencia y la rapidez de los medios de comunicación. Y, más allá del mal culpable, fuente de desesperación, hay el mal inocente que nos ataca todos los días y que aumenta nuestro desasosiego. ¡La tentación de desesperanza es fuerte, y no solamente en lo que se refiere al mundo!

No me propongo aquí retomar una vez más la pregunta de Kant, que es también la nuestra: “¿Qué nos está permitido esperar?”<sup>1</sup>, sino que, más exactamente, quisiera recorrer un trecho del camino hacia una respuesta a un aspecto más limitado de la pregunta: “¿Qué le está permitido a la Iglesia católica esperar hoy?”.

\* Ghislain Lafont, osb, nacido en 1928, Profesor emérito de Teología en Roma (Ateneo San Anselmo y Universidad Gregoriana), es monje de la Abadía de la *Pierre qui Vire*. Es autor de una *Historia de la Teología católica*.

<sup>1</sup> De la revista *Esprit et vie* 224, juin 2010, pp. 2-11. Traducción del francés realizada por la Hna. María Graciela Sufé, osb.

<sup>1</sup> Recientemente he tratado de abordar esta cuestión en un plano bastante general en un libro que lleva precisamente ese título: *Que nous est-il permis d'espérer?*, Paris, Ed. du Cerf, 2009.

## Paralelo entre Nicea (325) y Vaticano II (1965)

La propuesta que quisiera hacer al respecto será bastante extensa, demasiado sin duda. No hablaré para el corto plazo, sino que quisiera destacar una perspectiva en la que ese corto plazo pueda ser pensado después con cierta amplitud. Mi propósito está bien expresado en una frase que Pablo VI escribía a Monseñor Lefebvre en 1976: “El concilio Vaticano II no tiene menos autoridad, él es incluso en ciertos aspectos más importante aún que el concilio de Nicea”<sup>2</sup>. La fórmula es impresionante. El concilio de Nicea no es conocido sin duda por todos los cristianos en los detalles, pero su nombre es sin embargo familiar, puesto que sabemos que el *Credo* común a todas las confesiones cristianas y rezado frecuentemente en las asambleas litúrgicas es el “Símbolo niceno-constantinopolitano”. La fórmula de fe que nos sirve incluso hoy y que es de alguna manera la matriz de nuestra conciencia cristiana, se remonta pues a ese concilio del siglo IV. A partir de ella se ha desarrollado la inteligencia de la fe en los siglos que le siguieron. El Papa Pablo VI ¿quería decir que, mil setecientos años después, el Vaticano II sería el punto de partida de una nueva e inédita fase de nuestra conciencia de cristianos, en un camino que acabará con la venida de Cristo el último día? ¿Y que habría habido, en la historia total de la Iglesia, dos concilios mayores: el de Nicea, que habría marcado durante dos mil años una dirección fructuosa en la interpretación y en la práctica del Evangelio, y el Vaticano II, que abriría una nueva era por dos mil años nuevamente, más o menos según los desig-nios de la Providencia, y en espera del tercer bimilenario?

El Papa Juan Pablo II parece haber tenido una intuición del mismo género, en la medida en que desde el comienzo de su pontificado, se ha sentido como investido de una misión para la que la Providencia le daría el tiempo necesario: la de conducir a la Iglesia al término significativo del segundo milenio. Después de dos mil años de cristianismo, para él era como si le pidieran presentar a Dios una Iglesia renovada en el Evangelio y purificada de su pecado: de ahí su insistencia y su compromiso personal sin defecto ni reposo por una nueva evangelización; de ahí también la emocionante liturgia penitencial celebrada en el 2000 y los tres años de preparación inmediata al año 2000. Una vez conducido todo esto a su cumplimiento, con una fe intrépida a pesar de los fracasos y las decepciones, el Papa ha considerado el porvenir: ¿qué hay que hacer y qué hay que ser en los comienzos del tercer milenio, *tertio millennio ineunte*? ¿Cómo comprometer a éste último y recorrerlo de manera de preparar la llegada del Reino de Dios?

## El tiempo de los hombres

Es preciso reconocerlo, esas palabras de Pablo VI y de Juan Pablo II no habrían sido posibles sino justamente al final del siglo XX. La civilización presente, en efecto, al menos en Occidente, tiene el sentimiento de llegar a su fin, como si ella hubiera agotado sus recursos y tuviera dificultad en inventar, incluso teóricamente, un futuro. Los adjetivos que se escuchan a menudo, como “antiguo”, “clásico”, “moderno”, “postmoderno” acompañan una manera de marcar períodos que un poco da la impresión de caer hoy en el vacío. Un filósofo incluso ha hablado de “la era del vacío”<sup>3</sup>. Si uno es un poco más optimista, hablará de un “giro pronunciado”, pero no resulta fácil definir lo que se perfila del otro lado de ese viraje. Si uno es más realista, se inclinará hacia la posible catástrofe que nos espera. En esta perspectiva, podemos preguntarnos si, desde su lugar y a su manera, la experiencia del Vaticano II no podría contribuir a instaurar por el contrario una esperanza; no mirando el pasado de manera unilateralmente negativa, ni el presente como esencialmente amenazado, e indicando reformas que habría que realizar y caminos que habría que recorrer para dar nuevo impulso a la historia, y no solamente en la Iglesia.

## El tiempo cristiano

La proposición de Pablo VI significa por otra parte una profundización de nuestra visión cristiana del tiempo. Si estamos al comienzo de una era nueva en el cristianismo, esto quiere decir que la duración cristiana mira hacia adelante más que lo que ella vuelve hacia el pasado. Podemos entonces concebirla, retomando una expresión de Lessing, como una nueva etapa en “la educación del género humano”<sup>4</sup>. Los hombres que recibieron el Evangelio en los primeros siglos del cristianismo no podían evangelizar más que la civilización en la cual vivían. Recíprocamente, para comprender y transmitir el Evangelio, no disponían más que de esa civilización, por rica y multiforme que fuera. El inmenso trabajo que realizaron, con sus progresos, sus límites, a veces sus bloqueos o sus insuficiencias, es finalmente una etapa positiva durante la cual el Reino ha crecido, como la levadura en la masa. El giro mayor de nuestra época no es un acta de fracaso con respecto al pasado, sino por el contrario, el resultado de ese pasado, una maduración de lo que, para continuar, tiene necesidad de transformarse: es el futuro lo que da sentido al pasado.

Esta manera de ver, es preciso reconocerlo, es ya por sí misma una

<sup>3</sup> LIPOVETSKY, Gilles, *L'Ère du vide. Essais sur l'individualisme contemporain*, Paris, Gallimard, 1983 (coll. “Les Essais”).

<sup>4</sup> *Die Erziehung des Menschengeschlechts* (1780).

entrada en la nueva etapa indicada por Pablo VI. Durante largo tiempo en efecto, prácticamente durante todo el período “niceno”, es decir hasta mediados del siglo último, la Iglesia se ha pensado más a sí misma volviéndose hacia atrás, hacia el acontecimiento cumplido en la Resurrección y esperando, no sin algún temor, el Juicio final, como si el desarrollo del tiempo no hubiera tenido por objeto más que la manifestación del mal que va llegando al colmo, y un pequeño número de elegidos que sólo va a llegar a salvarse en un arca de Noé, la Iglesia<sup>5</sup>. Sin embargo, esa no es la dirección de pensamiento y de acción que nos proponen Pablo VI y Juan Pablo II, que puede ilustrarse aquí con una frase pronunciada por el Papa Juan XXIII en su lecho de muerte: “No es el Evangelio lo que cambia, somos nosotros quienes comenzamos a comprenderlo mejor”. Quizás Cristo no vendrá mientras el Evangelio no sea comprendido en plenitud, y sabemos ahora que será preciso más tiempo que el que pensábamos. Entonces, si estamos en la trayectoria del Reino que va avanzando, podemos evaluar con benevolencia toda la historia que nos ha conducido hasta donde estamos y, simultáneamente, comprometernos resueltamente según las indicaciones del presente, sin patalear para conservar cueste lo que cueste una adquisición que no sobrevivirá, precisamente, más que cambiando.

### Imaginar el período que comienza

No sabemos ciertamente cómo se irá ubicando, evolucionando, precisando una tradición venidera de la que no conocemos más que la matriz, el Vaticano II, y no la historia puesto que ésta, aunque ha comenzado, no ha dado todavía todos sus frutos. En realidad, así como el concilio de Nicea, en 325, no ha intervenido sino después de tres siglos de vida y de reflexiones cristianas, el concilio Vaticano II hunde también sus raíces en determinadas corrientes del pasado más o menos reciente que él retoma y prolonga. La figura del futuro está ya en él precisada. No estamos en la conjetura arbitraria.

Por eso, es legítimo hacer, como se suele decir, un esfuerzo de imaginación para orientar la reflexión y la acción, aunque sepamos bien que la realidad será diferente a causa de tantos factores todavía desconocidos que intervendrán. En otros términos: podemos intentar establecer un “pliego de condiciones” o un “presupuesto”, dejando a los acontecimientos el cuidado de confirmar o de invalidar el proyecto, o en todo caso de modificarlo considerablemente.

Me gustaría entonces indicar los polos alrededor de los que podría reformarse la inteligencia y la práctica del cristianismo en la tradición “vaticana”

<sup>5</sup> Hay algo de esto en san Agustín, para quien “el tiempo constituye la experiencia del desgarrón original del pecado” y, podría agregarse, de la gracia reparadora; ver J. LAGOANÈRE, “Au commencement était la fin. Approche de la notion de fin dans le livre XXII de *La Cité de Dieu* de saint Augustin”, en *Bulletin de littérature ecclésiastique*, t. CX (2009), p. 307.

na” que comienza. Para simplificar una exposición necesariamente esquemática, propongo definir esos polos con la ayuda de tres expresiones puestas fuertemente de relieve por el Papa Benedicto XVI desde el comienzo de su pontificado: *Jesucristo*<sup>6</sup>, *Deus caritas est* y *Spes salvi*<sup>7</sup>. Son tres vocablos muy fuertes y finalmente muy nuevos, aun cuando son tan viejos como el cristianismo.

Hasta el concilio Vaticano II, podemos decir que Cristo era más generalmente reconocido en el marco proporcionado por el pecado y la redención: “¡Oh feliz culpa que nos ha merecido tal Redentor!”, cantamos todavía hoy en la noche pascual. Actualmente, los textos del Concilio y la sensibilidad que ellos han generado nos hacen ver a Cristo transfigurado como el objeto primero del designio amoroso de Dios, según las perspectivas, por ejemplo, de la carta a los Efesios; a partir de allí hay que pensar y vivir nuestra fe en Dios, en el hombre, en la historia de la creación y de la salvación. Al comienzo de la Vigilia pascual a la que acabo de hacer alusión, el celebrante hoy pronuncia sobre el cirio pascual las fórmulas esenciales, tomadas de la Escritura: “Cristo, ayer y hoy, principio y fin, Alfa y Omega. Suyo es el tiempo y la eternidad. A Él la gloria y el poder, por los siglos de los siglos”.

### En búsqueda de un fin

Estas fórmulas toman hoy un relieve impresionante dado que, a partir de una pequeña centena de años, tenemos un mejor conocimiento de las dimensiones inimaginables del tiempo. Todo el mundo ha escuchado hablar de un acontecimiento que no se puede decir más que con una metáfora no desprovista de ironía: *Big Bang*, la gran explosión que se habría producido hace unos trece o catorce mil millones de años y que no sería quizás por lo demás “el” comienzo, sino “un” comienzo del tiempo. En cuanto al fin del tiempo, un fin en el que terminaría todo, absolutamente, no tenemos la menor idea de él. Más profundamente, la idea misma de fin no tiene necesariamente sentido: ¿por qué el movimiento del universo se detendría, en lugar de durar indefinidamente a merced de avatares sucesivos? ¿Y qué quiere decir “detenerse”? Llegar a una inmovilidad donde cada elemento estaría definitivamente encajado en un sistema donde habría encontrado su lugar. ¿Acaso es eso lo que puede querer decir? O bien, detenerse ¿quiere decir “desaparecer”? La última palpitación de lo real ¿sería entonces sumergirse en la nada, como la primera había sido salir de la nada?

<sup>6</sup> Ver el libro que ha publicado Joseph Ratzinger/Benedicto XVI en abril del 2007, *Jesús de Nazaret*, t. I. *Del bautismo en el Jordán a la Transfiguración*.

<sup>7</sup> Los títulos de las dos primeras encíclicas, de Navidad 2005 y del 30 de noviembre del 2007.

Para decirlo de otro modo, podemos subrayar que el hombre está sin cesar en búsqueda de sus orígenes aunque no puede alcanzarlos. De la misma manera, todo lo que hace implica que haya un fin, un sentido, una razón de ser y de obrar, resultados significativos, pero todo esto también escapa a una comprensión satisfactoria. En el fondo, durante su vida, y poniéndose en el mejor de los casos, el hombre parece no realizar más que “secuencias” significativas en el aquí y ahora. Son caminos, ciertamente, de trabajo, de encuentro, de política, etcétera, pero, en el fondo, ellos no llevan a ninguna parte. Eternidad del mundo, eterno retorno... El hombre estaría así en el mundo como un niño que ha sido encontrado: él se busca una identidad, porque si no ¿quién se la daría?

### Jesucristo resucitado

El cristianismo de hoy propone una respuesta. Si el Dios vivo y eternamente creado, simplemente, hace que existan seres donde no había nada y que una historia comience y continúe, en lugar de la inmovilidad de la nada, esto ocurre por el hecho de que quiere comunicar al máximo lo que es y lo que tiene. Desde el principio de lo real, una participación tan total como posible en la vida de Dios es el término enfocado. Y esta participación tiene un Nombre: Jesucristo resucitado. San Pablo nos dice en efecto, por una parte, que es *Imagen de Dios invisible* (Col 1,15), que tiene “*la forma de Dios*” y que Él es *igual a Dios* (Flp 2,5 ss.), y por otra parte, que es *el Primogénito de toda la creación, porque en Él fueron creadas todas las cosas*, (Col 1,15-16), de manera que el sentido del tiempo, de todos los tiempos, es *hacer que todo tenga a Cristo por Cabeza, lo que está en los cielos y lo que está en la tierra* (Ef 1,10). Esta visión de Pablo no disipa a nuestros ojos el misterio de los orígenes ni el del fin. Como estamos dentro de este mundo, no tenemos ningún concepto disponible para mencionar un comienzo absoluto, esto es, un momento totalmente primero del tiempo, y una dependencia al nivel mismo de la existencia. Tenemos tal vez imágenes –las de Miguel Ángel en el techo de la capilla Sixtina, por ejemplo– pero no nos es posible afirmar cómo es aquello cuyas dimensiones no podemos abarcar: *Jesucristo es el Primogénito de toda creatura*.

Por lo que respecta al fin, éste es un poco más claro: nos podemos imaginar e incluso concebir una situación de felicidad que lleva totalmente a la práctica todo lo que no nos atreveríamos ni si quiera a pretender. Recuerdo en este momento con emoción lo que, en una entrevista dada al final de su vida, Giulietta Masina decía acerca de su vida conyugal con Federico Fellini: “Yo no quiero hablar por él, es asunto suyo, pero para mí, para mí, ha sido una aventura tan hermosa que quisiera que no terminara nunca”. La verdadera felicidad no cansa, porque pone en movimiento y realiza todas nuestras capacidades de ser, de dar, de recibir, y lo hace en comunión con los otros.

Nosotros sólo podemos considerarlo, comprenderlo un poco, deseárselo totalmente. Lo que no podemos saber es el momento, el *kairos* de esta plenitud. ¿En qué momento y por qué el tiempo, como sucesión e historia, llegará a su cumplimiento? Sobre esto, así como sobre el Misterio del principio de todo, no podemos más que remitirnos apaciblemente a Dios: *Hacer que todo el universo tenga una sola Cabeza: Jesucristo.*

## Salvados por la esperanza

Nuestra visión contemporánea del cosmos nos hace de este modo presentir lo infinito de la esperanza. Ella se da a la medida de esta historia inmensa, cuyos avatares a menudo trágicos ritman un recorrido que no decaerá y que culminará en la venida del Señor. No hacemos profesión de un “catastrofismo ilustrado”: nosotros sabemos hacia dónde vamos, y esto mismo debería ayudarnos mucho en nuestra manera de analizar el mundo y en la manera de intervenir en él: tener el valor de mirar y volver a ubicar el mal inmenso del mundo y la libertad que peca, en el interior de una dinámica positiva de gracia y de deseo amoroso. Por otro lado, el hecho de recurrir hoy a la esperanza global nos permite abordar de otra manera la cuestión de la salvación personal, que ha paralizado de tal manera a nuestros antepasados, minados desde dentro por el jansenismo. La esperanza, como hoy la sentimos, no puede existir sino para todos, según las luminosas explicaciones de Hans Urs von Balthasar<sup>8</sup>: la Escritura rehúsa darnos todo “saber” acerca del número de los elegidos, pero ella autoriza una “esperanza universal”, que se resume simplemente en esto: si yo espero la salvación de Dios, yo, que no soy más digno que los demás, ¿cómo podría entonces no esperarla para todos mis hermanos? O, en términos negativos: si yo no la espero para todos, ¿con qué derecho la espero para mí? Esto también va a tener sus consecuencias en la práctica y en el pensamiento cristianos.

## Dios es Amor

Si este es el nombre propio de Dios, ¿qué nos advendrá? Desde hace milenios, en efecto, nuestra oración invoca: “Dios todopoderoso y eterno, Dios omnipotente y misericordioso”, y eso se ha como inscripto en nuestra mentalidad con respecto a Él. Si nos disponemos habitualmente a invocar en nuestra liturgia: “Padre bondadoso”, “Dios lleno de amor por los hombres”, ¿qué transformación va a obrar la liturgia en nosotros, en nuestra relación con Él? Aún más, si el nombre propio, el nombre primero de Dios es “Amor”, toda la teología, es decir, el pensamiento discursivo sobre Dios y el pensa-

<sup>8</sup> H. U. VON BALTHASAR, *Espérer pour tous*, Paris, DDB, 1987 (trad. fr.).

miento discursivo sobre el hombre, deberá ser vuelto a considerar a la luz del amor. Tenemos entonces que decir aquí algo acerca del amor como fundamento de la inteligencia de la fe, del anhelo de la esperanza.

### Pequeña fenomenología del amor

¿Dónde encontrar la imagen primera del amor? ¿Acaso no estaría en *el amor del hombre y la mujer*? En la Biblia, son ellos los que aparecen en primer lugar. Y, al fin del Libro, al final del *Apocalipsis*, se encuentra también la imagen nupcial. El centro del Libro por último, es el *Cantar de los Cantares*. Del *Génesis* al *Apocalipsis* pasando por el *Cantar*, hay pues una primacía de la figura de las nupcias, que no tiene sentido más que si no menospreciamos la realidad humana que le sirve de punto de partida. Si perdemos una referencia real a ese fundamento primero, donde todo se encuentra: la ternura, la sensibilidad, el cuerpo, el don, la muerte y la resurrección, ¿estamos todavía en teología? Pero, más profundamente, ¿estamos verdaderamente en humanidad? Cuando vamos al cine, cuando leemos una novela o una tragedia, encontramos que todo gira alrededor del sexo, del alimento y de la muerte; me atrevería a decir que en la liturgia también. En otros términos, la teología ¿no requiere, a título de fundamento esencial, la realidad y los símbolos del amor, que se enraízan en la carne del hombre?

Yo me pregunto si no estamos llegando al paso fundamental, aquel que justamente está por realizarse, y que nos anunciaban los Papas. La civilización del *Lógos*, en la que vivimos desde los orígenes del cristianismo, privilegia al tema de la Verdad y por lo tanto a la figura del filósofo, amante no de la mujer sino de la sabiduría, buscador de la verdad pura, más allá de lo sensible y en otro lugar fuera de este mundo. En el cristianismo, esto ha dado la primacía al monje, a un cierto alejamiento de elementos incluso buenos de la figura del mundo en vistas a alcanzarlos en el más allá, a una percepción privilegiada de los elementos “gnósticos” del Evangelio (desde Clemente de Alejandría, el “gnóstico”; y en Juan Crisóstomo, el verdadero “filósofo”). Promover una teología centrada en el *agapè*, ¿no sería entonces entrever, a la luz de la Revelación, una reinterpretación de todas las cosas en el esclarecimiento de “ese tan gran Misterio”, al decir de san Pablo? Esto no nos va a dispensar de retomar y de acrecentar la reflexión especulativa sobre Dios, Padre, Hijo y Espíritu Santo, el mundo y el hombre, pero en el interior del modelo del amor. Yo quisiera aquí poner de relieve los aspectos del nuevo paradigma, cuyo símbolo es el *Cantar de los cantares*. Si quisiéramos expresar esto con el lenguaje de los sentidos, podríamos decir que tenemos que pasar de la primacía del ojo, órgano de la vista y signo del pensamiento, a la primacía del tocar y del palpar, vinculados al amor. Desde el punto de vista de la Iglesia, de su naturaleza y de su institución, ¿qué es lo que traerá apareja-



do el dar relevancia al paradigma del amor entre el hombre y la mujer?

### El amor: escucha y palabra

El paradigma del amor realza la *palabra*, ante todo no como contenido intelectual, sino como mutuo reconocimiento: llamar por su nombre a la persona que amamos y escucharla pronunciar su propio nombre. En otra parte tuve la oportunidad de decir que la etapa última de la “hominización” consiste probablemente en el advenimiento de la palabra de amor: hubo “hombre” cuando un animal pudo pronunciar el nombre de aquella (de aquel) que él (ella) ama<sup>9</sup>. Y, si se trata de conocimiento, el paradigma del amor nos pone entonces por delante la escucha del otro, el dirigirse al otro: los oídos y la voz, órganos del intercambio. Se sigue de esto que la verdad verdadera, el *Lógos* puro, no adviene en realidad más que en el diálogo; incluso antes de que se realice el acuerdo sobre una proposición dependiente del *lógos*, la verdad se insinúa y madura en la palabra escuchada y respondida. Hay pues una primacía del testimonio, de la propuesta, del relato, mientras por otra parte la verdad que se encuentra allí contenida objetivamente, da realidad y estructura al intercambio.

Experimentamos actualmente signos de esta evolución de la mentalidad cristiana. En el plano de la teología, somos testigos y actores de una aproximación entre actitudes que poco a poco se habían alejado unas de otras: así, hoy no puede haber una reflexión seria sobre la fe cuando falta la oración: teología e invocación marchan juntas. La liturgia, como relato y celebración del don de Dios y de la verdadera respuesta humana en Jesucristo, es el lugar, la fuente y el criterio de la inteligencia de la fe. La Sagrada Escritura, leída en la Iglesia y meditada en la *lectio divina*, es insuperable, porque cuenta la aventura de Dios y de los hombres, la nuestra. La razón humana no por ello pierde valor, pero sus puntos de apoyo son sin duda diferentes de los que fueron: lo especulativo echa el ancla en lo narrativo y no a la inversa. La primacía está por el lado poético, sensible, imaginativo del hombre, en la amplitud de su memoria.

Está también aquí, creo, la raíz de los diálogos entablados hoy: ecuménico, interreligioso; se trata de reconocer al interlocutor, como una persona (comunidad) humana, cristiana, digna de respeto en todo; entonces se escuchan y se intercambian testimonios ante todo con el fin de enriquecernos con sus aportes, de ofrecer con magnanimidad lo nuestro, y tan sólo a continuación, llegar eventualmente a afirmaciones comunes o cercanas sobre la fe, o sobre lo religioso, o simplemente sobre el hombre. Para ilustrar esta afirmación en el espacio ecuménico, me siento inclinado a decir que tal vez

<sup>9</sup> *Que nos est-il permis d'espérer?*, op. cit., pp. 215-220.

la Iglesia unida y reconciliada a la que aspiramos, se va a parecer mucho a la Iglesia actual, en el sentido de que se tratará siempre de comunidades y de confesiones cristianas diversas, con lenguajes diferentes, pero en estado de testimonio y de aceptación mutuos. Ellas habrán logrado reducir las oposiciones que dividen, pero conservarán sus diversidades, en términos de lenguaje, de liturgia, de derecho. Podemos por otra parte preguntarnos si el primado del amor como reconocimiento e intercambio no podría modificar un tanto la metodología del ecumenismo: ya se han dado muchos acercamientos sobre la Escritura y su interpretación. ¿Es necesario esperar la unanimidad especulativa absoluta en materia de liturgia para celebrar juntos?

### **Dar y recibir, la dinámica del amor**

Esta es una noción que habría que meditar largamente. Esta dinámica está vinculada con la palabra: hay entre el hombre y la mujer, entre ellos y Dios, una petición y una respuesta. Amar es responder a esa petición, dar pues la vida para que el amado, los amados vivan, y recibir de él, de ellos la vida que, a su vez, ellos nos ofrecen: “muerte” a sí mismo y “resurrección” juntos, generadoras de comunión. Cada “muerte” no está ligada al pecado; está primero conectada con el don porque dar, en un primer momento, es perder, pero el Evangelio nos dice que “quien pierde su vida la ganará”: esta percepción permite comprender lo que denominé en otro lugar la positividad de lo negativo. El morir a sí mismo para dar y recibir, pertenecen al estatuto metafísico de lo real, desde el primer protozooario hasta la Santísima Trinidad. Y en el mundo quebrantado donde estamos, no hay solamente que dar, sino que perdonar. Tenemos aquí una pista inmensa para la reinterpretación de las verdades fundamentales de la fe, pista en la que por lo demás ya se ha ingresado extensamente en la actualidad. Está también aquí el principio de una apertura positiva para la relación entre la humanidad y la Iglesia. Si es legítimo y verdadero distinguir dónde y cómo subsiste la Iglesia verdadera, podríamos preguntarnos *si el Reino no está donde el amor es intercambiado*: desde que Jesús murió y resucitó y envió el Espíritu al mundo, todo amor es en el acto transfigurado por el hecho de la latencia crística y del don del Espíritu: el Reino está allí donde el amor tiene lugar... y tenemos tantos ejemplos de esta presencia del amor bajo todos los cielos del mundo.

### **El amor como historia, el amor abriéndose al infinito**

El amor, así, es necesariamente *historia*. Hice notar más arriba que, cuando miramos la historia hacia atrás, hacia el momento histórico de la Pascua, uno no da a la duración la densidad adecuada. Se plantea, en efecto, que con la Pascua de Cristo, todo ha sido cumplido; el único valor que queda-

ría sería el de la vigilancia, y los acontecimientos sobresalientes no serían más que las derrotas registradas en esa espera. Cuando miramos más bien hacia la venida última de Cristo, la memoria esencial es la del amor dado y recibido y de lo que ha sido construido por él, en el plano humano como en el cristiano. La memoria no es solamente dramática, ella acompaña una construcción del hombre. El amor nace, crece, decrece, vuelve a partir y finalmente llega.

En fin, el amor es de suyo infinito: no tiene límites, ni en la ternura, ni en la sensibilidad, ni en el intercambio, ni en el don de sí. El amor como nueva y principal clave de lectura, en primer lugar para pensar tanto como se pueda lo infinito del amor de Dios: nadie escapa de él y todos los caminos pueden llevar al amor porque todos participan de alguna manera del designio cristiano de Dios. Pero también para construir una antropología, interpretar a Cristo, imaginar las instituciones eclesiales. El campo es inmenso. Podemos evocar al respecto el binomio perfecto-imperfecto. Lo perfecto es del orden de lo lógico (intelectual, jurídico...); puede provocar un esfuerzo para alcanzarlo, pero también engendrar una angustia en la medida en la que uno no lo alcanza, personalmente, pero también por el hecho de que es, en realidad, escatológico: incluso la Verdad no es una, de una vez por todas. Inversamente, lo imperfecto es apertura a lo infinito del deseo<sup>10</sup>.

## El pecado a la luz del amor

El *pecado* mismo puede ser vuelto a evaluar a la luz del amor. Uno puede definirlo y catalogarlo a partir de las faltas: transgresión de los mandamientos de Dios; intentos fallidos en el ejercicio de las virtudes. Y esa indagación no es inútil, pero con la condición de que se inscriba en la perspectiva esencial que es la propia del cristianismo: se trata de una ofensa al amor a Dios y a los hombres. Esa es la perspectiva de la Ley cristiana, como la definen el escriba de buena voluntad y Jesús mismo para concluir de alguna manera la misión del Señor, en el *Evangelio de san Marcos* (12,28-34). Para ilustrar esto con un ejemplo, mencionaré aquí la célebre pintura de Rogelio van der Weyden: *El Juicio final*, conservada en el hospicio de Beaune, que ilustra la parábola del Evangelio de Mateo en el capítulo 25. Bajo la mirada de Cristo resucitado que está sentado en el trono, el Ángel pesa a dos hombres. Por encima de la cabeza del más liviano, cerca de entrar en el Cielo, un banderín indica *virtutes* (“virtudes”), mientras que, respecto del más pesado en camino hacia el infierno, se lee en el banderín: *peccata* (“pecados, vicios”). Estas palabras remiten a la admirable construcción antigua y medieval de la moral cristiana, edificada a la luz de éticas aristotélicas y estoicas de las que el Nuevo Testamento se hace eco en varios lugares. No obstante, dado que se

<sup>10</sup> Hablé de este binomio en *La Sagesse et la Prophétie*, Paris, Éd. du Cerf, 1999, pp. 25 y 103.

trataba de ilustrar la parábola de Mateo del Juicio final, ¿no habría sido más pertinente poner en alguna parte en la pintura de Van der Weyden la frase misma del Evangelio: *Todo cuanto hicisteis a uno de estos hermanos míos más pequeños, a mí me lo hicisteis?* Asimismo, esta leyenda esencial falta cruelmente en el *Juicio final* de Miguel Ángel en la capilla Sixtina o en aquel de Signorelli en la catedral de Orvieto, y esto hace correr el riesgo de inducir a error a los numerosos visitantes de estas obras inmensas, que no tienen presente el espíritu del texto evangélico. La verdad moral no perdería nada poniendo de manifiesto el mandamiento del amor; en efecto, nos resolvemos más o menos fácilmente a transgredir una ley o a faltar a la virtud, pero ofender al amor es insoportable para quien ama. Y nosotros no seremos juzgados por el perfecto equilibrio de nuestras virtudes, sino por la intensidad del amor.

Y ¿qué diremos acerca de Dios en Sí mismo, Padre, Hijo y Espíritu Santo, en esta iluminación del Amor? Creo que la multiforme reflexión reciente sobre el Misterio trinitario, la que se encuentra en F.-X. Durrwell, Maurice Zundel, Hans Urs von Balthasar en tantos otros, ya nos ha introducido muy bien en una contemplación renovada.

En este breve análisis del amor<sup>11</sup>, vinculado también con la Esperanza y visible en la persona de Jesucristo, no hago más que retomar un poco de todos lados algunas grandes orientaciones de la teología, de la espiritualidad y de la evangelización actuales, orientadas hacia la relación, el encuentro, el relato, el símbolo. Me parece en efecto que el paradigma del amor permite reunir y dar un sentido a todo un conjunto de convicciones, de prácticas y de indagaciones que ya están obrando en la Iglesia. Éstas tienen que proseguir, que traducirse en la doctrina y la institución de la Iglesia, también en la organización de su misión. Es ya y será sin duda cada vez más la característica propia del “período vaticano”, lo que permite construir una Iglesia de la caridad y, en ella, dar testimonio de Jesucristo en la Esperanza.

*Abbaye Sainte Marie de la Pierre-qui-Vire*  
89630 Saint-Léger Vauban  
FRANCIA

<sup>11</sup> Habría muchas otras cosas que decir, por ejemplo sobre el tema de la pobreza, tan presente en el Concilio y después muy abandonado.